



Cristina López-Perea  
Villacañas

# Siete formas de ver el mundo

PREMIO JORDI SIERRA I FABRA  
2014

2.ª EDICIÓN



sm

Dirección editorial: Elsa Aguiar  
Coordinación editorial: Berta Márquez  
Ilustración de cubierta: Mónica Armiño

© Cristina López-Perea Villacañas, 2014  
© Ediciones SM, 2014  
Impresores, 2  
Urbanización Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323

Fax: 902 241 222

e-mail: [clientes@grupo-sm.com](mailto:clientes@grupo-sm.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*La vida es aquello que te va sucediendo  
mientras tú te empeñas en hacer otros planes.*

JOHN LENNON



El conocido doctor Sorenson, licenciado en Psicología y Pedagogía por la Universidad de Harvard, ha abierto una clínica para jóvenes con distintos problemas y trastornos. La clínica, situada en un pequeño pueblo de Pensilvania, contará con las mejores instalaciones y los métodos más innovadores. A pesar de las críticas por parte de muchos doctores, este proyecto ha recibido numerosos apoyos de organismos del gobierno y tiene su fecha de inicio el día 1 de junio de este año.

*The New York Times,*  
18/01/2013

Las declaraciones del doctor J. Hastings han provocado un gran debate en la comunidad educativa: «Cada paciente es diferente. Actualmente, los métodos que el doctor Sorenson ha denominado despectivamente “convencionales” son los más efectivos. ¿Es acaso mejor innovar en lugar de perfeccionar lo que ya tenemos?». El doctor Sorenson no ha replicado a su colega, aunque fuentes cercanas a él aseguran que el proyecto seguirá adelante.

*The Washington Post,*  
25/02/2013



1/06/2013

## Semana 1

TODO EL MUNDO me contempla en silencio, pero yo mantengo la boca cerrada. El doctor Sorenson clava sus ojos de color azul grisáceo en los míos, aunque no me obliga a hablar. Podría levantarme y marcharme de aquí si quisiera. No solo de esta habitación, sino del centro. Volver a Los Ángeles y seguir con mi vida como si no pasara nada. Suspiro y cierro los ojos.

–Me llamo Katie –susurro, utilizando las pautas que el doctor nos ha dado hace unos minutos–. Tengo diecisiete años y vivo en Los Ángeles. Tengo dos hermanas mayores, de diecinueve y veinte años, aunque no viven en casa porque están en Nueva York, estudiando en la universidad.

Los demás permanecen callados, de modo que me atrevo a abrir los ojos y compruebo aliviada que me observan indiferentes, como si no prestaran atención. Sorenson sigue sin pronunciar palabra, de modo que continúo hablando con la sensación de que soy la única que escucha.

–Estoy aquí porque mis padres dicen que tengo un problema con la comida.

–¿Qué problema? –pregunta de pronto una chica. Es delgadita, de largo cabello oscuro y facciones suaves.

–No como –respondo. Mis padres se hubieran sorprendido si estuvieran aquí, porque nunca lo he reconocido delante de ellos. En realidad, ni siquiera sé por qué estoy

diciéndolo ahora, aunque supongo que el hecho de que sean desconocidos ayuda.

—¿Y por qué? —inquire un chico a mi derecha.

Me empiezo a poner nerviosa al ver que los demás también parecen interesados, pero respiro hondo y respondo a su pregunta.

—No quiero engordar —contesto en voz baja.

No se oyen exclamaciones ni nadie hace aspavientos, lo que me sorprende bastante, ya que es la reacción que suele tener mi familia cuando tocamos el tema.

—¿Y por eso te han traído al centro? —inquire la misma chica morena de antes.

Asiento y bajo la mirada. El grupo permanece en silencio unos diez minutos más hasta que Sorenson habla.

—¿Qué te gusta hacer en tu tiempo libre, Katie?

—Me gusta la fotografía —respondo—. Antes de que nos mudáramos estaba en el club de mi instituto, pero cuando llegué a Los Ángeles lo dejé.

—¿Dónde vivías antes? —inquire otra chica, de cabellos rubios y ensortijados.

—En Filadelfia —respondo con un deje de nostalgia en la voz—. A mi padre le ofrecieron un empleo en Los Ángeles hace dos años y nos tuvimos que mudar.

—Yo me mudé el año pasado a Boston —dice el chico moreno que ha hablado antes. Cuando nuestras miradas se cruzan puedo percibir un destello de simpatía en sus ojos, aunque aparto la vista antes de poder asegurarme.

—¿Por trabajo? —pregunto intentando que la conversación no decaiga.

—Sí —contesta él haciendo una mueca.



Asiento y ninguno hace más comentarios. Un timbre resuena por la sala, haciendo que todos nos sobresaltemos.

–El tiempo ha acabado –anuncia Sorenson poniéndose en pie–. Nos veremos la semana que viene a la misma hora. Hasta entonces podréis hacer lo que queráis, siempre y cuando no salgáis del centro. El desayuno se sirve a las ocho de la mañana, la comida a las doce y la cena a las cinco.

A continuación, sale de la habitación y cierra la puerta.

–¿Y ahora qué hacemos? –inquire la chica morena.

–Podríamos empezar por presentarnos –propone la rubia–. Yo me llamo Lilly.

–Meg –responde la morena esbozando una sonrisa.

–Ian –se presenta el chico de Boston.

–Danny –dice uno de los chicos, que está sentado en el sofá.

–Hunter –contesta el último.

Después hay un silencio bastante incómodo, hasta que Meg dice:

–¿Por qué no vamos a la terraza? Cuando venía en el coche he visto un montón de sillas de mimbre.

Como no hay otra cosa que hacer, aceptamos y salimos de la sala. Al principio dudamos, pero tras un par de equivocaciones encontramos la terraza. Me siento en la primera silla que veo y observo el paisaje. Nos encontramos en medio del bosque, a kilómetros del pueblo más cercano. Cuando mis padres dijeron que vendría aquí, pensé que sería una especie de cárcel de fachada blanca y barrotes en las ventanas, pero lo que he encontrado ha sido una preciosa casa de tres plantas de ladrillo rojo y con balcones llenos de flores.

–No sería difícil escapar –comenta Ian.

Se ha sentado a mi derecha, de modo que no me queda más remedio que responder:

–Podríamos irnos si quisiéramos. Sorenson no nos obliga a quedarnos.

–Eso es lo más preocupante –asiente él–. Que ninguno se haya planteado levantarse e irse.

–¿Para qué? –pregunta Lilly incorporándose a la conversación–. ¿Para volver a casa? ¿Para seguir bajo la constante vigilancia de mis padres? No sé qué tipo de terapia piensa seguir Sorenson, pero, por lo que ha dicho, no creo que piense pasarse el día detrás de nosotros.

Asiento conforme y enarco las cejas cuando veo lo que sostiene Hunter en su mano.

–No puedes fumar –señalo.

–¿Por qué no? –pregunta esbozando una sonrisa descarada–. Sorenson ha dicho que podemos hacer lo que queramos. No hay reglas.

Me encojo de hombros y observo cómo enciende el cigarrillo.

–¿Por qué estáis aquí? –pregunta Hunter después de darle una calada al cigarrillo. Está apoyado en la barandilla y nos contempla con actitud indiferente–. Dado que Katie ya lo ha confesado, sería injusto que los demás nos calláramos.

–No es necesario... –comienzo a decir, pero Meg me interrumpe antes de que pueda terminar la frase:

–Si tan injusto te parece, entonces adelante. Te escuchamos.

Hunter esboza media sonrisa y se encoge de hombros.

–Drogas –contesta mientras alza el pitillo–. O al menos eso es lo que piensan mis padres. Me pillaron pasando y mi padre tuvo que gastar el dinero de las vacaciones en pagar la multa. A cambio, ellos se quedan en Long Island y yo me vengo aquí.

Escucho su historia con interés y le miro de hito en hito. Es alto, debe rondar el metro ochenta y cinco. Tiene el pelo castaño oscuro y la piel clara, lo que crea un contraste interesante. Sus facciones son afiladas y bajo su ropa se adivina un cuerpo atlético y en forma. Lo cierto es que su imagen no se ajusta a la del adolescente drogadicto, sino más bien a la del capitán del equipo de fútbol americano.

Carraspea divertido y, cuando le miro, compruebo azorada que se ha percatado del examen al que le he sometido. Bajo la vista notando cómo mis mejillas se tiñen de rojo, pero la sensación de que sus ojos turquesa están clavados en mi rostro permanece un buen rato.

–Supongo que es mi turno –suspira Meg atusándose su largo y liso cabello oscuro–. Según mi madre, sufro un trastorno de agresividad que he concentrado en su persona. Acudió a un especialista y este le recomendó al doctor Sorenson, de modo que su marido y ella decidieron apuntarme para ver si cambiaba mi actitud.

–¿Y por qué estás enfadada? –pregunto. Vuelvo a enrojecer al caer en la cuenta de que es una pregunta demasiado personal, y rectifico–. No es necesario que lo digas, no debería haberlo preguntado.

–No importa –contesta Meg encogiéndose de hombros–. Mi padre murió hace un año, y hace dos meses mi

madre se casó con el que había sido el mejor amigo de mi padre.

–Lo siento –murmuro, sintiéndome repentinamente incómoda. Ella se encoge de hombros, pero compruebo que los ojos se le han humedecido ligeramente.

–Mi caso es el contrario –interviene Danny–. Mi madre falleció de cáncer hace seis años, y desde entonces mi padre ha salido con treinta mujeres diferentes sin importarle la opinión que tuviéramos mi hermana y yo. Hace un año, mi hermana se fue de casa y se mudó a Nueva York, a un piso de estudiante. Me ofreció una habitación, pero mi padre lo descubrió y lo impidió. Mi hermana ha cortado toda relación con él y yo he optado por no hablarle.

–¿Cómo que no hablarle? –repite Lilly, desconcertada.

Todos le miramos sorprendidos, e incluso Hunter parece interesado.

–Llevo un año sin cruzar una palabra con él –contesta Danny encogiéndose de hombros–. Al principio no le importó, porque él también estaba enfadado, pero al cabo de un mes empezó a ponerse nervioso. Me ha llevado a psicólogos, ha dejado de salir e incluso ha llamado a mi hermana para que me convenciera. Al final oyó hablar de este sitio y decidió mandarme aquí con la esperanza de que cambiara de actitud.

–¿Y no piensas hacerlo? –inquieta Ian alzando las cejas.

–No –responde él encogiéndose de hombros. Sus ojos azul cielo recorren nuestros rostros asombrados y esboza una sonrisa.

–¿Y tú? –pregunta Hunter a Ian.

–Desde que tengo ocho años me he cambiado seis veces de estado. El año pasado me harté de estar cambiando de instituto y decidí dejar de estudiar. He suspendido todas las asignaturas y me han obligado a repetir curso. Mis padres me metieron en un internado, pero como no ha servido de nada, hablaron con los psicólogos de la escuela y al final optaron por enviarme aquí, con la esperanza de que Sorenson me hiciera entrar en razón.

–Drogas, agresividad, anorexia –hago una mueca cuando oigo eso último, pero no hago ningún comentario–. Autismo voluntario y fracaso escolar –Hunter esboza una sonrisa y pregunta–: ¿Qué es lo que queda?

–Suicidio –responde Lilly en voz baja.

Todos nos quedamos mirándola y ella comienza a hablar con la mirada fija en el suelo:

–Hace cinco meses, mi... –sus ojos se llenan de lágrimas y tiene que tragar saliva un par de veces antes de poder continuar–. Desde hace cinco meses he intentado suicidarme tres veces. Mis padres hablaron con orientadores y decidieron que lo mejor era meterme en un centro especializado. Iban a mandarme a Washington, pero oyeron hablar de este sitio y prefirieron que viniera aquí.

Nadie sabe qué decir, pero finalmente es Danny el que hace algo. Se agacha y sujeta la pequeña mano de Lilly entre las suyas en señal de apoyo. Nadie pronuncia una palabra, pero cuando nos miramos tengo la sensación de que todos pensamos lo mismo: el experimento de Sorenson acaba de comenzar.

\* \* \*

A la hora de la cena, suena la misma campana de antes y todos nos dirigimos al comedor. Hay una mesa enorme con dos fuentes llenas pasta y dos bandejas con hamburguesas. Trago saliva cuando lo veo y doy un paso atrás involuntariamente.

En casa evito comer cualquier alimento hipercalórico, pero aquí no sé cómo voy a hacerlo. Por suerte no está Sorenson para vigilar que coma, y no creo que ninguno de mis compañeros me delate. Me siento en uno de los sofás que hay frente a la tele y me acurruco.

—Creo que esto es tuyo —me dice Hunter extendiéndome un plato de plástico. En él hay una ensalada compuesta exclusivamente de lechuga, dos rodajas de tomate y un poco de atún.

—Gracias —le digo esbozando una sonrisa. Noto el conocido nudo en el estómago cuando contemplo mi comida y casi involuntariamente bajo la vista hacia mis piernas. No soy tonta: sé perfectamente lo que es la anorexia y lo que le hace a las personas. En clase de biología estudié que los enfermos que la sufren tienen una imagen distorsionada de su cuerpo y que no ven cómo son en realidad. Pero eso no evita que cada vez que mire mis piernas, mi tripa o cualquier otra parte de mi cuerpo, lo único que vea sea una masa blanda y enorme que me repugna.

—No le voy a decir nada a Sorenson —dice Hunter sentándose a mi lado.

—¿Sobre qué? —inquiero sin saber a qué se refiere.

—La comida —responde él señalando mi plato con su tenedor—. No voy a contarle que no te lo has comido.

Asiento y vuelvo a mirar mi comida, indecisa.

–Aunque podrías comer un poco –continúa diciendo Hunter–. Así no tendré la sensación de que estoy cavando tu tumba.

Vuelvo a esbozar una sonrisa y pincho mi tenedor en la primera hoja de lechuga que veo. Mastico con asco y trago haciendo una mueca.

Después abro la boca y saco la lengua para que pueda ver que no hay nada dentro.

Lilly se sienta a mi lado con cuidado de no derramar el contenido de su plato. Tiene las muñecas cubiertas con unas pulseras de cuero y las mangas de su camiseta son largas, a pesar de que hace calor.

–Son para tapar las heridas –me explica Lilly.

Doy un respingo al oír su comentario y me apresuro a disculparme.

–Lo siento –exclamo avergonzada.

Lilly suspira y después exclama:

–Me intenté cortar las venas, pero no funcionó. Duele más de lo que parece.

–Siempre he pensado –comenta Hunter con la boca llena– que si yo quisiera suicidarme no me cortaría las venas ni me tiraría desde una ventana.

–¿Y qué harías? –inquire Danny incorporándose a la conversación.

–Gas –responde Hunter–. No duele, no sufres... Es como un sueño del que nunca despiertas.

–Qué poético –comenta Meg–. Pero a la vez qué poco apropiado.

Lilly se echa a reír por primera vez en lo que llevamos de día y los demás esbozamos una sonrisa al oírla.

–Mirad lo que he encontrado en la puerta –dice Ian apareciendo de pronto. Lleva una enorme cesta llena de todo tipo de películas, desde *Casablanca* hasta la última de Tom Cruise.

–Supongo que ya tenemos plan para esta noche –exclama Danny cogiendo una de las películas.

–¿Para esta noche? –exclama Meg meneando la cabeza–. Di mejor para todas las noches de la semana. Aquí debe haber por lo menos cien.

–Podríamos ver una cada noche –propongo.

–Como una tradición –murmura Hunter a mi lado.

Me giro hacia él y veo cómo mira la cesta con el ceño fruncido.

–¿Pasa algo? –pregunto.

–Estaba pensando... –murmura–. ¿Qué es lo que pretende Sorenson? ¿Qué tipo de terapia se supone que está siguiendo?

–¿Qué quieres decir?

–Tendría que estar con nosotros, hablar, intentar que solucionemos nuestros problemas... Pero, en lugar de eso, se limita a darnos una charla de diez minutos a la semana y después dejar que hagamos todo lo que queramos.

–Ya sé que es extraño –asiento–. Pero yo lo prefiero. ¿Tú no?

–Supongo –asiente él encogiéndose de hombros.

–Pensé que iban a ser las peores seis semanas de mi vida, pero por ahora no empiezan tan mal –suspiro.

Hunter esboza una de sus medias sonrisas y no hace ningún comentario más. Lo cierto es que tiene razón, pero ¿acaso importa qué método elija Sorenson?



Terminamos de cenar y nos sentamos a ver la película que han elegido. Es la clásica de espías y conspiraciones mundiales, pero no recuerdo nada porque, apenas comienza, el cansancio del día se hace presente y en pocos segundos estoy profundamente dormida. Me despierta Hunter zarándome suavemente el hombro.

—¿Dónde estoy? —inquiero, todavía medio dormida.

—En el centro —responde él sonriendo. Me ayuda a ponerme en pie, pero estoy tan cansada que al final opta por cogerme en brazos y llevarme hasta mi habitación.

—Ligera como una pluma —murmura entre dientes.

—No es cierto —respondo cerrando los ojos.

Me deja encima de la cama y después se despide de Meg y de Lilly, mis compañeras de cuarto.

—Estoy agotada —oigo suspirar a Lilly al otro lado de la habitación.

—Yo también —asiente Meg.

Alguien apaga la luz, y al cabo de unos minutos lo único que se oye es el sonido de las cigarras y de las lechuzas.

\* \* \*

A las ocho suena la campana, de modo que todos bajamos al comedor, vestidos y aseados. Al igual que ayer, la mesa está llena de comida, aunque esta vez son bollos glaseados, tostadas, huevos, jamón y jarras llenas de cacao y zumo.

—Aquí hay un plato para ti —me dice Ian sentándose a mi lado.

—Gracias —exclamo mientras lo cojo. En él hay un zumo de limón recién exprimido y un par de lonchas de pavo.

—¿Zumos de limón? —inquire Meg arrugando el ceño.

—Siempre me lo tomo por la mañana —contesto enco-  
giéndome de hombros.

Nadie hace ningún otro comentario, de modo que me bebo el zumo de limón y mordisqueo un trozo del pavo. Los demás se ponen a hablar del plan de hoy, pero yo continuo mirando el vasito vacío de plástico con actitud abstraída. Lo cierto es que cada mañana, desde hace un año y medio, me tomo un zumo de limón nada más sentarme para desayunar. Nunca he dejado de hacerlo, ni siquiera en mis peores rachas, cuando no quería ni beber agua. El rostro de Kelly me viene a la mente cuando lo pienso. Recuerdo sus ojos verdes y brillantes y su voz clara y vibrante cuando me dijo: «Recuerda, Katie: medio limón por la mañana ayudará a que todas las impurezas de tu cuerpo desaparezcan». Sacudo la cabeza para hacer desaparecer su rostro, pero no solo no se va, sino que permanece incluso más nítido. Hace casi nueve meses que no la veo, desde principio de curso, y aun así su recuerdo sigue persiguiéndome.

—Buenos días, chicos.

El doctor Sorenson aparece en la habitación sobresaltándonos a todos. A la luz de la mañana, parece más joven de lo que pensé: no debe tener más de cuarenta años. Empieza a tener mechones plateados alrededor de las sienes y en sus ojos grisáceos comienzan a aparecer las primeras arrugas, pero sus andares demuestran la misma vitalidad que un chico de veinte años. Nos sonrío amigablemente y se sienta en la silla que preside, que por alguna razón nadie ha ocupado.

—Buenos días —murmuramos Lilly y yo. Los demás guardan un obstinado silencio que no parece afectar al doctor.

–Espero que lo pasarais bien ayer. Hoy he organizado una excursión a un lago que hay a unos kilómetros de aquí. En la entrada he dejado las mochilas y el calzado adecuado para la caminata. No tengáis prisa en volver; podéis estar todo el tiempo que queráis, aunque ya sabéis que la cena es a las cinco.

–¿Y si no queremos ir? –inquire Ian, desafiante.

–Exacto –se suma Meg al momento–. ¿Qué le hace pensar que vamos a aceptar?

–Nada –responde Sorenson encogiéndose de hombros–. Si preferís quedaros aquí sin hacer nada, es vuestra decisión.

Todos nos miramos indecisos, y al final es Danny el que contesta por nosotros.

–De acuerdo –acepta.

–Estupendo –sonríe Sorenson. Se pone en pie y añade–: He dejado un par de *walkie-talkies* en una de las mochilas por si necesitáis ayuda.

Asentimos y observamos cómo se va sin hacer ningún otro comentario. Aunque Meg e Ian siguen refunfuñando un rato, media hora después estamos todos en la entrada, con las mochilas colgadas a la espalda y dispuestos a encontrar el lago del que nos ha hablado Sorenson.

–Parecemos *boy scouts* –se queja Ian cuando nos ve.

Me echo a reír y Hunter se une. Los chicos llevan bermudas beis y unas camisetas oscuras, mientras que las chicas llevamos unos pantalones cortos del mismo color y unas camisetas de tirantes verde caza. Las botas que nos ha dado Sorenson son iguales para todos, con suela de goma, de cordones y hasta el tobillo.

—¿Qué más da? —responde Danny con el mapa en la mano—. ¿Vamos?

Ian frunce el ceño y los demás nos ponemos en marcha. La verdad es que es bastante sencillo, ya que solo hay que seguir la senda que está marcada. Como es muy estrecha, vamos de dos en dos: Lilly y Danny al principio, Hunter y yo en medio e Ian y Meg al final, a unos cuantos pasos de nosotros.

—¿Alguna vez has ido de acampada? —me pregunta Hunter mientras me ayuda a rodear un tronco que bloquea el camino.

—No —contesto—. Mi padre siempre ha estado demasiado ocupado para cogerse un fin de semana libre, y los pocos días de vacaciones que tiene en verano nos vamos a la playa.

—¿Y tu madre? —inquire.

—Mi madre es de Los Ángeles —respondo haciendo una mueca—. No creo que haya pisado un bosque en su vida.

Ambos continuamos unos cuantos metros en silencio hasta que le pregunto:

—¿Y tú?

—Varias veces —responde él esbozando una sonrisa.

—Un día podríamos hacerlo —propongo—. Seguro que a Sorenson no le importaría darnos unas tiendas de campaña.

Hunter sonrío de nuevo y asiente.

—Se lo podríamos preguntar —concede.

Me quedo mirándole y, cuando me devuelve la mirada, me atrevo a comentar.

—¿Por qué estás aquí? Quiero decir, no pareces el típico adolescente drogadicto.

–Ni tú la típica adolescente anoréxica –contesta él, alzando las cejas.

Bajo la cabeza y permanezco en silencio. Luego me lo pienso mejor y abro la boca para responderle, pero antes de que pueda pronunciar una palabra, Hunter se adelanta y dice:

–Siento haberte dicho eso –al ver que asiento, esboza una media sonrisa y suspira–. No tomo drogas, o al menos no las consideradas como tal. Y lo del tabaco y el alcohol es nuevo, la verdad.

–¿Y cómo empezaste?

Hunter parece reacio a hablar, pero finalmente responde:

–En realidad, mis padres no son mis padres. Cuando tenía tres años, mis padres murieron en un accidente de tráfico, y desde entonces he estado cambiando de familia de acogida cada pocos años. De pequeño había bastantes personas dispuestas a acogerme, pero a medida que he ido creciendo las ofertas han desaparecido. El año pasado, los que habían sido los mejores amigos de mis padres volvieron a Estados Unidos y decidieron adoptarme legalmente.

–¿Por qué no lo habían hecho antes? –pregunto intentando no parecer demasiado curiosa.

–Se habían pasado los últimos catorce años en China, y no se enteraron de mi situación hasta que llegaron al país y preguntaron por mí.

–No lo entiendo –murmuro–. Si te habían adoptado, entonces por qué...

–Es difícil ser siempre el nuevo –me corta Hunter.

Asiento y no hago más preguntas.

–¿Y tú? –inquire él tras pasarnos casi cinco minutos en silencio.

–¿Yo qué?

–¿Hace cuánto que eres ... que dejaste de comer?

Suspiro y contesto:

–Un año, aunque no fue hasta hace ocho meses cuando me lo diagnosticaron.

–¿Y por qué? –inquire Hunter, extrañado.

Por unos instantes estoy a punto de hablarle de Kelly, de lo que supuso en mi vida y de cómo acabó en un centro en la otra punta del país. En vez de eso, me encojo de hombros y me recojo el pelo en una coleta para ganar tiempo.

–No hace falta que me lo cuentes –me tranquiliza Hunter cuando la pausa se alarga demasiado.

Le sonrío y noto cómo sus ojos azul turquesa brillan cuando lo hago.

–Ya estamos –dice Danny, haciendo que todo el grupo le preste atención.

Es un pequeño lago de aguas cristalinas rodeado por rocas planas, ideal para hacer un picnic. Lilly parece pensar lo mismo, porque elige la más grande de todas y deja su mochila encima.

–Sorenson nos ha dejado bañadores –anuncia Meg, que a juzgar por todo lo que tiene en la mano lleva un tiempo inspeccionando la bolsa.

–¿Pretende que nos bañemos? –pregunta Ian, incrédulo.

–No está fría –indica Hunter metiendo una mano en el agua-. Y el sol calienta bastante. En unas pocas horas estaremos todos quemados.

–No lo creo –contesta Meg agitando un bote de crema–. Ha pensado en todo.

Observo horrorizada cómo los demás sacan de sus mochilas los bañadores y se van detrás de unas rocas a cambiarse.

–¿No vienes? –me pregunta Lilly con su bikini en la mano.

Niego con la cabeza y respondo:

–Prefiero quedarme aquí.

Lilly asiente, comprensiva. Se va a vestir y me deja sola con mis pensamientos. Me siento en la roca donde Lilly ha puesto su mochila y me inclino hacia delante, lo suficiente para ver mi reflejo en el agua. Mis ojos azules me devuelven la mirada, aunque puedo detectar en ellos una expresión de reproche.

–No puedo ponerme el bañador –me susurro a mí misma–. Y tú sabes por qué.

Me aparto bruscamente del agua y miro la mochila con actitud dubitativa. Sin embargo, cuando mi vista se cruza con mis piernas, la mínima duda que tenía desaparece y vuelvo a sentarme, resignada. Lilly y Meg son delgadas, y aunque ninguna es lo que Kelly definiría como «cuerpo diez», no quiero compararme con ellas. Al menos, no todavía; quizás dentro de unas semanas, si consigo adelgazar unos kilos más... Me pongo en pie y doy una patada a la primera piedra que veo. Sé que mis padres tienen razón y que lo que estoy haciendo es peligroso para mi salud, pero no puedo parar todavía. Solo quiero pesar unos kilos menos, ser como Kelly. Ella misma decía que no pasaba nada, que unas cuantas comidas menos no importaban, que ayu-

daría a nuestro cuerpo a eliminar la grasa que nos sobraba. Y a ella le funcionó. Adelgazó tanto que empezó a usar la ropa de su hermana pequeña y comenzó a obsesionarse con su aspecto de tal manera que incluso yo me preocupé. Nadie en el instituto pareció sorprenderse cuando la ingresaron en un centro de trastornos mentales, y supongo que dieron por hecho que yo sería la siguiente.

Me vuelvo a mirar en el agua y cierro los ojos disgustada cuando veo la imagen que se refleja en ella.

—¿Y tu bañador? —me pregunta una voz a mi espalda.

Me giro y veo que Hunter ya se ha cambiado y está observándome inquisitivamente.

—No me voy a bañar —contesto volviendo a sentarme en la roca.

—¿No tienes calor? —dice él enarcando una ceja.

—No —miento—. Vivo en Los Ángeles, ¿recuerdas?

—Y yo nací en Florida, pero eso no significa que sea inmune al sol —repite él.

Noto cómo se me encienden las mejillas y respondo, repentinamente enfadada:

—¿A ti qué más te da? No es de tu incumbencia.

Hunter mira a su alrededor para comprobar que no hay nadie y después se agacha hasta ponerse a mi altura. Meg y Lilly están en la otra punta del lago intentando meterse en el agua, mientras Danny e Ian se lanzan de cabeza desde unas rocas a unos pocos metros de ellas.

—No lo entiendo. No comprendo cómo puedes mirarte en el espejo y pensar que necesitas adelgazar.

—No te he pedido tu opinión —contesto con voz monocorde.



Hunter suspira y me señala a las demás.

—¿Quién te parece más delgada: Lilly o Meg?

Las miro a las dos y después contesto:

—Lilly.

—Bien. Ahora podrás creértelo o no, ese ya es tu problema, pero tú en realidad eres diez veces más delgada que ella.

—Pero... —comienzo a protestar. Sin embargo, antes de que pueda terminar la frase, Hunter se da media vuelta y se une a los demás.

Me quedo sola y miro a Lilly de nuevo. Resulta increíble pensar que es así como me ven los demás, tan increíble que sospecho que Hunter se lo ha inventado todo para que me bañe con ellos. ¿Pero para qué? Quizás no tenga ninguna intención oculta, sino que se ha limitado a decirme la verdad...

Cojo la mochila, indecisa, y compruebo que hay una bolsa de plástico dentro. La abro y noto una creciente sensación de alivio cuando veo su contenido. Sorenson no solo ha metido un biquini, sino que ha incluido un pantaloncito corto de licra y una camiseta de tirantes para que pueda bañarme cubierta. Siento una repentina sensación de simpatía hacia Sorenson por haber previsto lo que iba a ocurrir y me apresuro a cambiarme de ropa.

Cuando los demás ven que me acerco no hacen ningún comentario, sino que se limitan a integrarme en la conversación como si hubiera estado desde el principio, aunque cuando miro a Hunter veo que me devuelve una sonrisa alentadora.

—¿Es verdad eso que me has dicho antes? —le pregunto cuando volvemos a la roca para coger la comida.

–Es verdad –me promete él, muy serio–. No lo diría si no fuera cierto.

Asiento poco convencida y me siento con los demás. Me como la manzana que ha metido Sorenson en mi mochila y observo cómo los demás se comen sus bocadillos. Noto un pinchazo en el estómago cuando me llega el olor a mostaza, pero cierro los ojos y me contengo. Es posible que Hunter tenga razón y en realidad esté más delgada que Lilly, pero no hace que tenga que volver a comer, porque eso me hará engordar de nuevo y nada de lo que he hecho hasta ahora habrá servido de nada. «Autocontrol», exclama la voz de Kelly en mi mente.

–Exacto –susurro sin darme cuenta.

–¿Estás bien? –me pregunta Lilly, que se encuentra a mi derecha.

–Sí –asiento al momento. Doy el último mordisco a la manzana y me dejo caer en la piedra, que está templada debido a los rayos de sol que ha recibido durante el día.

–Propongo dormir un rato y después volver al centro –exclama Danny, tumbándose él también.

Todos acceden y en pocos minutos caemos en un agradable duermevela, del que solo despertamos cuando suena la alarma del reloj de Ian.

–Son las cuatro –nos avisa, sobresaltándonos a todos.

Nos ponemos en pie y hacemos el camino de vuelta medio dormidos.

El doctor Sorenson nos está esperando en la terraza. Está sentado en una de las sillas de mimbre y alguien –supongo que él– ha colocado dos jarras de limonada con hielo y seis vasos.

–Pensé que volveríais sedientos –nos explica al ver nuestros rostros desconcertados.

Se lo agradecemos y bebemos de buena gana la limonada, que está dulce y fría. Ni siquiera me paro a pensar si tiene azúcar o no, pero para cuando soy consciente de ese pequeño detalle ya me he tomado el primer vaso, y tampoco rechazo el segundo.

–Por el color de vuestra piel veo que habéis aprovechado las horas de sol –comenta Sorenson.

Nos miramos los unos a los otros y vemos cómo nos hemos quemado la cara y los brazos. Sorenson nos pasa crema con una sonrisa y todos nos la aplicamos, notando cómo el escozor desaparece en pocos segundos.

–La cena estará lista en unos minutos –nos informa–. Si queréis podéis pasar al baño para asearos un poco.

Hacemos lo que nos dice, y cuando volvemos al comedor vemos que no está.

–Hay veces que me pone los pelos de punta –se queja Meg–. Aparece y desaparece como por encanto.

Lilly y Danny se echan a reír, pero yo me encojo de hombros. En mi opinión, es preferible un médico ausente a un médico que esté todo el día encima del paciente.

–Ha comprado pizzas –señala Hunter abriendo las cajas de cartón.

Mientras los demás se dirigen hacia ellas, cojo mi plato de plástico, que hoy está lleno de espárragos verdes y un poco de pescado al vapor, y me siento en una silla. Pincho el tenedor con cuidado y me meto un trozo minúsculo en la boca.

–¿Seguro que no quieres? –me pregunta Lilly con su plato lleno de trozos de pizza.